

RÍOS SALOMA, Martín F.

La Reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX).

Marcial Pons.

Madrid, 2011, 351 pp.

Los medievalistas suelen mostrar siempre una gran preocupación por los conceptos que manejan. Desde las aldeas –las de los arqueólogos, las de los historiadores– hasta las ciudades, desde las comunidades campesinas hasta los poderes feudales, las categorías de análisis son habitualmente objeto de una discusión detenida acerca de su conceptualización y de su uso. No es tan frecuente encontrar, sin embargo, obras que aspiren a desentrañar el largo proceso de construcción de estas categorías. A ello precisamente dedica Martín F. Ríos Saloma su libro, una obra necesaria que aborda un tema importante y complejo.

A lo largo de las páginas de esta obra, Ríos Saloma analiza los relatos de sucesivos historiadores y da buena cuenta de los distintos matices con los que varios autores,

desde el siglo XVI hasta finales del XIX, han abordado el que para muchos fue o ha sido (o es) el motor fundamental de la historia medieval española: el conflicto contra los musulmanes y la recuperación del territorio peninsular bajo su dominio. A través de una serie de elementos escogidos –la invasión musulmana, la caracterización y valoración de los últimos reyes visigodos, la rebelión de Pelayo, los inicios de la resistencia en otros territorios y las leyendas y mitos que rodearon estos episodios– el autor descubre la estructura fundamental que se encuentra en los orígenes de este relato y muestra cómo poco a poco se fue transformando, cómo sus componentes fueron ganando en planos interpretativos y cómo los criterios metodológicos y científicos se fueron imponiendo sobre los elementos más fantasiosos. Es muy estimulante comprobar, además, cómo este recorrido historiográfico evoca una multitud de reflexiones sobre otros «mitos» o «grandes conceptos» historiográficos asociados al debate en torno a la *reconquista*, como, por ejemplo, el indigenismo o la repoblación.

No merece la pena describir en mayor profundidad el cuerpo del trabajo, bien ordenado y claramente expuesto, y sí destacar que han sido muchos los elementos que el autor ha tenido en cuenta y que han contribuido de manera determinante a enriquecer su esfuerzo. Cabe resaltar el extraordinario cuidado con el que ha abordado el tratamiento de la diversidad historiográfica que se dio a lo largo de todo el periodo, tanto cronológica como geográficamente. Por ejemplo, su estudio de los historiadores catalanes nos muestra una historiografía en construcción sobre la que Ríos Saloma ha evitado proyectar los afanes independentistas que se entrevén en las obras de finales del XIX. Del mismo modo, el autor ha intentado, a lo largo de la obra, situar ideológicamente a los historiadores para mostrar de qué manera su posicionamiento pudo haber condicionado el relato. Se aprecia así cómo los cambios políticos que se produjeron a lo largo de

esos cuatro siglos influyeron en la progresiva transformación de los conceptos que terminarían por forjar la idea de *reconquista*.

Esta cuestión responde a uno de los objetivos fundamentales de esta obra: el de analizar hasta qué punto el concepto de *reconquista* se cargó, o mejor, nació cargado políticamente. Martín F. Ríos Saloma manifiesta explícitamente una preocupación por las consecuencias de la manipulación de la historia y alerta contra el uso que aún hoy ciertos políticos hacen del ideario de la *reconquista* (p. 333). Todo ello dota al texto de una actualidad que trasciende el ámbito estrictamente historiográfico, algo que sin duda añade valor a esta obra. Sin embargo, es precisamente aquí donde cabría afinar más el análisis sobre determinadas cuestiones que el texto sugiere, pero no trata, y sobre las que sería muy interesante profundizar.

En primer lugar, el autor aborda el tema sin una consideración detenida de su actualidad historiográfica. ¿Qué uso se le da hoy al término? ¿Se emplea de manera amplia entre los medievalistas? Puesto que no se da respuesta a estas preguntas, la sugerencia de que el término *reconquista* debería ser sustituido por el de *restauración* –para lo que el autor se basa en gran medida en la obra de T. Deswarte¹– parece precipitado. Es una lástima que el estudio se cierre a finales del siglo XIX, ya que impide enlazar el momento de consolidación del concepto de *reconquista* con su evolución a lo largo del convulso siglo XX y valorar usos más inmediatos. Un estudio así permitiría, además, entablar un debate más compensado entre quienes, defendiendo su utilidad como concepto historiográfico y su correspondencia con una ideología propiamente medieval, sostienen que su uso no es problemático²; y quienes puedan defender la postura de Ríos Saloma,

¹ DESWARTE, THOMAS. *De la destruction à la restauration. L'idéologie du royaume d'Oviedo-León: (VIII-XI siècles)*. Turnhout, 2003.

² Véase, por ejemplo, GARCÍA FITZ, FRANCISCO. *La Reconquista*. Granada, 2010.

quien se basa en la evolución historiográfica de la noción y el término, para sostener que debería ser reemplazado. En cualquier caso, si el término en sí mismo puede efectivamente ser considerado como un producto historiográfico cargado, en su origen o en su evolución, de las ideas políticas a las que se asocia, cualquier propuesta que ponga en cuestión la validez de su uso debería ser bienvenida y fomentar un debate en el que la cualidad del argumento pese más que la cantidad de los historiadores que respalden una u otra postura.

Martín F. Ríos Saloma propone al final de su obra que una de las posibilidades que abre su trabajo es la de llevar su modelo de análisis al siglo XX, lo cual sería, sin duda, de gran interés. No obstante, un estudio así debería tener mucho más presente un aspecto que sólo esporádicamente se hace presente en *La Reconquista*: un análisis más detenido del contexto social e institucional en el que los historiadores desarrollaron su labor. Es cierto que en las líneas que se dedican a la caracterización biográfica de los distintos historiadores Ríos Saloma introduce unas pinceladas sobre la posición social y ocupación de cada uno de ellos. En ocasiones recoge, incluso, una breve consideración sobre el ambiente institucional en el que desempeñaban su labor —a propósito, por ejemplo, de la Real Academia de la Historia (p. 298)—. Sin embargo, el hecho de que no lo haga de manera sistemática, sino casi anecdótica, resta valor a sus consideraciones sociológicas sobre las influencias o los condicionantes que determinaron el sentido de cada discurso historiográfico. Decir, por ejemplo, que la consolidación de la idea de *reconquista* vino de las manos de un grupo burgués ligado al mismo estamento de poder que impulsó la Restauración (p. 325) apenas explica por qué y cómo ese concepto particular de *reconquista* se impuso como dominante. A fin de cuentas, desde los cronistas reales del siglo XVI hasta el propio Cánovas, la mayor parte de los historiadores que desfilan por las pági-

nas de *La Reconquista* estuvieron, de una forma u otra, ligados al poder. En este sentido, se echa en falta un análisis de los ambientes institucionales y sociales en los que se forjó el concepto y de los factores que lo convirtieron en el discurso dominante dentro del propio campo historiográfico.

La valoración que el autor hace de la obra de ciertos historiadores en razón de su condición social o de su posicionamiento político resulta también problemática, ya que en ocasiones da lugar a ambigüedades. Por ejemplo, la condición eclesiástica le sirve para alabar a Masdeu por anteponer la racionalidad a la religión (p. 141) y para excusar a Risco de sus deslices providencialistas (p. 147). Este problema deriva de la forma en que el autor formula la relación entre lo que denomina «conciencia nacional» y el discurso histórico. Aunque concede que se trata de una relación con un doble sentido —no dice dialéctica—, renuncia a estudiar la contribución de la historiografía a la forja de identidades nacionales o de otro tipo y decide centrarse solo en el impacto de la identidad política en el discurso de los historiadores. En definitiva, termina por concebir esta relación como de un único sentido, lo que en ocasiones le lleva a realizar interpretaciones mecanicistas sobre la plasmación historiográfica de las ideologías de los autores.

Esto tiene otras dos consecuencias. La primera es la escasa consideración que le merece la audiencia que las obras comentadas pudieron tener en cada momento, lo cual limita las posibilidades de analizar los medios de transmisión de estas ideas dentro del ámbito historiográfico, así como el impacto social que pudieran haber tenido. Martín F. Ríos Saloma muestra una cierta preocupación en esta línea cuando comenta aquellas obras que, como las de Antonio Cavanilles, Eduardo Zamora y Caballero, Manuel Merry y Colón o Norbert Font y Sague, estaban destinadas a un público no especializado o escolar. Sin embargo, el tratamiento esporádico de estos aspectos le impide dar cuenta,

de manera más completa, de cómo la historiografía pudo contribuir a la formulación de otro tipo de discursos. Aunque es cierto que el autor renuncia a este propósito al principio de su obra, mina con ello sus propias conclusiones, ya que esto entra en contradicción con su pretensión, primero, de que la obra sea una advertencia contra las implicaciones políticas del uso del término *reconquista* y, segundo, de formular una alternativa.

Dicha alternativa se ve también constreñida por la concepción que el autor tiene de la dimensión social de la historia. Dado que entiende que la contribución esencial de la historia deriva de su aportación a la construcción de identidades colectivas (p. 35), plantea consecuentemente que la aceptación del pasado musulmán puede contribuir a hacer de España y de la identidad española un lugar de encuentro de culturas (pp. 333-334). Por más que este propósito pueda ser loable, ¿es esa la única contribución posible de la historia? ¿Es eso lo que buscamos al estudiar la Edad Media? ¿Debemos seguir asumiendo que se trata del periodo constitutivo de una identidad nacional española, sea cual sea esta identidad, y abordarlo como tal? Creo que si a algo contribuye la obra de Ríos Saloma es precisamente a lo contrario y que el autor debería llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Y es que deberíamos aspirar a que, al hablar de la construcción de una identidad patriótica o nacional fundamentada en la historia, el objeto de la discusión no sean nuestras preocupaciones actuales, sino las aspiraciones ya superadas de algunos de los historiadores que nos precedieron.

Profundizar en la historia del término a lo largo del siglo xx y tener en cuenta estos aspectos podría contribuir a dar fuerza al argumento central del autor, a problematizar de manera aún más efectiva el empleo de *reconquista* y a lanzar nuevas alternativas. Martín F. Ríos Saloma ha sabido profundizar en una vía que puede encontrar oposición, pero que, sin duda, plantea cuestiones de largo

alcance que, a juzgar por la reacción que ha provocado y que podría encontrarse, los medievalistas deberíamos volver a plantearnos. Sería deseable, pues, desarrollar esta línea de investigación.

Álvaro Carvajal Castro